

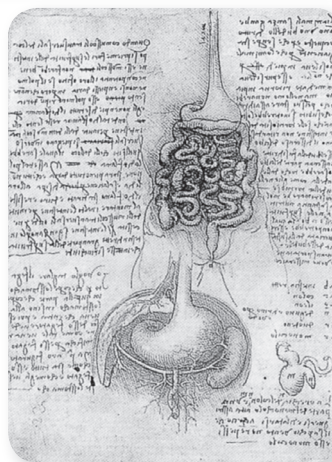
# Bio-ético-estética del dolor y de la enfermedad

DRA. MARÍA NOEL LAPOUJADE,  
Profesora en la Facultad de Filosofía y Letras de la UNAM, México.

**Carlos Molina Velásquez:**

Usted participó ayer en un panel sobre ética, estética y dolor. Me llamaba mucho la atención su propuesta de que debemos recuperar algo que, en las discusiones sobre bioética pero también en las ciencias en general o en nuestras concepciones sobre el conocimiento, ha sido dejado en un segundo plano o a veces se olvida totalmente. Me refiero a las ideas sobre el imaginario, la imaginación, las imágenes. Yo no sé si usted cree que hay una relación entre este olvido y cierto temor a caer en lo irracional.

**MNL:** Claro, yo pienso que sí.



**CMV:** ¿Hasta qué punto en América Latina se ha convertido en un imperativo recuperar estos aspectos de lo que somos, de la humanidad, de nosotros mismos? ¿Cómo lo mira usted? ¿Cree que este

tema tiene alguna relación con las críticas a cierto énfasis eurocéntrico o neocolonialista que podemos encontrar dentro de los argumentos de los bioeticistas?

**MNL:** Es un tema realmente apasionante lo que tú planteas y es bien complejo. Te voy a ir dando pequeñas respuestas que son como gotas, nada más, de una respuesta que sería muy compleja y muy interesante. Por un lado, en la historia de la filosofía —lo que es filosofía constituida como tal y no “el saber”, que es algo más amplio y más vasto, pero también en las ciencias como tales, ya separadas, y en las artes como tales—y en la historia del saber en general en Occidente, en la medida en que se ha ido ganando esta especialización de los distintos campos, la complejidad de “los saberes” a lo largo de la historia, etc., se han ido como encerrando un poco, cada campo, cada especialidad en sí misma. Dentro de la medicina o dentro de la filosofía o dentro de las artes, tenemos alguien que es un especialista en algo cada vez más puntual y cada vez más pequeño. A mi modo de ver, eso ha ido en desmedro de la integración de los saberes, como pudo haberla en una antigüedad mucho más remota o a lo mejor en pueblos prehispánicos o en culturas no típicamente occidentales. Las causas de esto son muy complejas; yo apenas apunto a esta nada más.

Por otro lado, en las diversas áreas de la filosofía se ha privile-

giado la racionalidad o la razón humana. Quizás sí, por temor a la deriva filosófica. Se piensa que si la razón no es la rectora de lo humano, corremos el riesgo de caer en irracionalismo, en locuras, llegando a justificar cualquier cosa, obteniendo como resultando que nada sea verdadero, que todo se vale. Y creo que ese temor ha jugado un papel en esta especie de desvalorización de la estética como área filosófica y de la imaginación humana como una función antropológica fundamental para toda antropología filosófica. Hay muchos factores.

Yo no diría que otro factor sea el eurocentrismo. Te voy a decir la verdad: en Europa ha surgido una serie de centros de estudio de la imaginación y los imaginarios. Esto está por todos lados. Hay en Israel, en Rumania, en Polonia, en Italia y en Francia, que fue uno de los lugares adonde se generaron como centros de investigación. Hay muchos, están por todos lados, y en América Latina, México ha sido un poco reacio en ese sentido. No he podido, hasta ahora, abrir ese centro, pero esperemos que ahora pueda hacerse. Y claro, hay otros impedimentos que no son solamente académicos, a veces son prejuicios, ya que se piensa que si no es la racionalidad, quién sabe qué peligro estamos introduciendo. Y a veces también se trata de intereses, defensas de las propias posiciones, así como la resistencia al cambio en las instituciones o de las áreas académicas tradicionales.

También hay otro elemento que a mí me parece muy interesante, y es que, por lo menos en la historia de la filosofía y en su modo de asomarse a otras disciplinas, siempre hay una prevalencia de la verdad, de la búsqueda de la verdad. Yo no podría decir que no es importante, es fundamental, pero yo creo que acompañando ese afán de verdad puede haber también un afán de belleza. Y la belleza ya es también una forma de verdad, cuando es auténtica, y puede haber también ese afán de buscar lo bueno y lo justo, pero eso no quita que se pueda buscar también lo bello, como una armonía de uno consigo mismo, con su propio cuerpo, con su propio espíritu, con su propio pasado y con los otros. Entonces, yo pienso que esa especie de prevalencia de la verdad nos ha hecho enfrascarnos en posturas, a veces, excesivamente duras y muy parciales.

El ser humano, si está sano, es como un tejido, constituido por lo psíquico, lo orgánico, lo individual, lo social, el presente, el pasado y sus propios sueños, sus propias utopías.

Bachelard decía algo que me parece genial, un poco en contra del psicoanálisis en sus primeros momentos. Él decía: “el que no tiene el sentido de la irrealidad es tan neurótico como el que no tiene sentido de la realidad”. Si no nos damos unos instantes, unos espacios para soñar, para disfrutar... El ejemplo tan sencillo que quería poner con respecto a la verdad, y a esta

trama con la belleza y con otros elementos, es el siguiente: supónganse que ahora empieza a cantar un pájaro y podemos disfrutar mucho de ese canto, y a lo mejor no somos músicos ni ornitólogos, y a lo mejor no sabemos qué pájaro es, pero nos puede regalar un instante de belleza y de goce, y esos instantes, para mi modo de ver, son instantes perfectos. Porque no falta nada, en tanto a la armonía y, como “absolutos”, son instantes que se vuelven eternos. Ese instante es un instante perfecto, nada lo interfiere, no depende de nada, no sabemos qué pájaro es y no importa. A lo mejor decimos: “Ah, es un cardenal”, y nos equivocamos, pero el goce estético no queda menguado por eso.

**CMV:** ¿Se relaciona esto con lo que usted decía ayer [en una conferencia] sobre la estética de la lentitud?

**MNL:** Sí, esto podría ilustrar dicha idea de la estética de la lentitud, que también es un tema muy apasionante, y tiene que ver con la salud y la enfermedad muy directamente. En nuestros tiempos, y esto se ha agudizado, hay una especie de privilegio por razones técnicas, prácticas y de todo orden de lo que es la velocidad. Cuanto más “vertiginosa” es una computadora, es mucho más útil, mucho más práctica; cuanto más rápido va un avión... Es una especie de elogio de la velocidad, que empezó en los principios del siglo XX, por ejemplo, con la estética de Marinetti, los futuristas

y todo esto, y en la época actual con todas las estéticas de lo efímero y lo vertiginoso. Por ejemplo: las coordenadas espacio temporales se han reducido a instantes y puntos, ya no son más “duración” y espacios gigantescos. Espacios que son virtuales; son puntos y tiempos que son instantáneos.

Pero yo creo que en esa inmersión en la velocidad y en la instantaneidad hemos perdido algo. Lo cual no significa que hay que dejar lo que hemos podido conquistar como humanos, sino hacerle un espacio a lo otro: a la lentitud. Creo que se ha creado una serie de estéticas de la velocidad, de lo efímero, que acompañan estos fenómenos tecnológicos y científicos, por ejemplo la de Virilio o tantas otras. Pero, junto con esto, hay que privilegiar también que podamos regalarnos momentos de lentitud, del “demostrarse”. Cuando nos levantamos y estamos tan apurados por salir que no nos permitimos escuchar el canto de un pájaro, nosotros mismos nos estamos creando un estrés complementario al que ya naturalmente estamos viviendo.

Para esta estética de la lentitud, tomo como modelo algo que trabajé en un congreso que organicé: “Las piedras”. Una piedra —cualquier piedra, no se necesita que sea un diamante— es realmente la calma del mundo. El modelo de la piedra es el modelo del sabio. No se hiere, no se sojuzga, no se vulnera, no se abandonan —las unas con las otras—, no se aplastan, hay como

una especie de respeto natural entre una y la otra. Cada una deja ser a la otra.

**CMV:** Algunas personas, al escucharla, podrían decir que usted está influenciada o es muy cercana a tradiciones orientales. Cuando habla de las piedras, por ejemplo, recordé un cuento Zen acerca de alguien que estaba tan en armonía con el cosmos que, cuando entraba en el agua, en un lago, no producía ningún tipo de ondas. ¡Era la armonía total! Como un pájaro que no deja ningún rastro al volar... ¿Usted ha tomado en cuenta el pensamiento Zen o las tradiciones prehispánicas?

**MNL:** Me ha pasado una cosa (esto es un poquito autobiográfico): yo llegué a estas consecuencias sin haber pasado ni por el Zen ni por un conocimiento muy profundo de las concepciones prehispánicas, porque no es mi especialidad. Y entonces me fui dando cuenta, incluso por conocimientos humanos que no vale la pena ahora detallar, me decían: “Pero esto que tú piensas, fíjate que está ‘acá’, que está ‘allá’”. Entonces fui al revés en todo el camino, me he asomado después y he encontrado unas coincidencias verdaderamente profundas. Pero yo lo veo desde el inconsciente colectivo, desde los arquetipos; pero, en cualquier caso, lo he encontrado desde la filosofía occidental, yo tuve una formación nítida e imperdonablemente occidental.

**CMV:** Me interesaba señalar esto porque usted mencionó ayer [en la conferencia] al Romanticismo alemán, a Novalis, también a Nietzsche... De alguna manera, estos filósofos se mostraron muy abiertos a diversas tradiciones no occidentales. Otro fue Schopenhauer. Yo no escuché que mencionara a Schopenhauer, pero venían a mi mente algunos de sus planteamientos.

**MNL:** Me atrae más (esto es más una cuestión subjetiva) el Romanticismo alemán y particularmente Novalis. Tengo grandes afinidades con su pensamiento, que es muy “único”, muy lógico, donde se integra la totalidad de los saberes, y eso me parece fundamental, por muchos motivos. Desde las revoluciones industriales y la progresiva complejidad de los saberes, el tejido formado por las humanidades con las ciencias y con las artes se ha ido desgarrando, y hemos llegado a una especie de pulverización de las culturas, al tiempo que se suceden los procesos de globalización, los cuales tienen otras causas, no tanto la cultura misma, sino más bien causas de tipo político, económico, etc. Todas las posturas postmodernas me parecen muy buenos registros de esa especie de estallido de las culturas, y yo creo que hay que volver a recuperar, a volver a tejer esas “universalidades”.

**CMV:** Claro, no toda totalidad es un totalitarismo. Ahora bien, me llamaba mucho la atención que

hablaba también de una “estética de la enfermedad”. Hemos hablado de una estética de la lentitud y creo que sería interesante que usted conectara esto con lo que llama “estética de la enfermedad”.

**MNL:** Justamente lo que yo trataba de proponer es un trabajo que está por hacerse. Tendríamos que sentarnos juntos a trabajar, esto no está hecho. De repente, hay un encuentro, un atisbo, una cita, una idea; pero no está hecho como campo de trabajo y creo que ameritaría convertirse en un campo de trabajo. Es decir, una Bioética que a su vez sea una bio-ético-estética, donde lo estético esté presente, sobre todo desde el ángulo de la imaginación humana, en correlación con todo lo demás.

Me parece que la posibilidad de establecer relaciones estéticas, no necesariamente con el arte, no necesariamente con la velocidad, sino el demorarnos a veces por causas orgánicas, a veces por estar enfermo, puede producir un gran goce, un gran placer estético, precisamente, aunque uno no pueda desplazarse, aunque uno no pueda viajar, aunque uno esté, a veces, sometido a tratamientos muy duros, muy vejatorios. Es una idea que yo tomé de Novalis y a mí me gusta mucho: “Es posible aprovechar la enfermedad”. Sobre todo una enfermedad riesgosa, larga, crónica.

Es una tarea para nosotros tratar de crear un espacio —Novalis decía “un arte”— para aprovechar

la enfermedad; que la enfermedad no sea solamente una relación de dependencia con el dolor, con los síntomas, con el médico, con el tratamiento, con las limitaciones que las enfermedades nos imponen. Entonces, si en el ámbito de la terapia o de una enfermedad crónica o de una enfermedad aun terminal se pudiera producir momentos, enseñar a gozar estéticamente de lo que uno pueda y de lo que uno tenga al alcance de la mano, creo que se podría sobrellevar mucho mejor la enfermedad, el dolor.

Yo he estado enferma y he padecido, durante un año, una enfermedad bastante tremenda, bastante terrible y yo no me podía levantar. Allí fue que yo aprendí, “a los golpes”, esto de la importancia de la estética. Casi les diría que me salvó la belleza, en verdad, lo juro, esto es algo personal y ahora me gustaría poderlo transmitir, y poderlo convertir en algo teórico pero para aplicar. Mi único contacto con la realidad externa era un árbol muy grande que está afuera de mi ventana, en ese árbol había pájaros, por eso les hablé de los cantos de los pájaros. Yo no se cómo se llaman esos pájaros, pero yo me despertaba al amanecer a escuchar el canto de los pájaros. Y una cosa muy paradójal: yo estuve adentro todo ese tiempo y prácticamente yo no tenía contactos humanos, porque incluso a veces me llamaban por teléfono y yo me sentía tan mal que ni atendía el teléfono, y escribí mucho en ese período, escribí cosas que ni

quiera sabía que me podían salir de adentro.

Esto lo dice un alquimista, Grillo de Givry, que fue el traductor de Paracelso al francés: “La belleza es un disolvente universal”. ¡Exactamente! Porque cuando uno tiene un problema, unos síntomas o algo y puede, logra —pero mediante un esfuerzo voluntario, la voluntad tiene que ser muy fuerte— enganchar con un mundo imaginario, hacia la vida, hacia el goce, hacia un placer tranquilo, lento, pacífico, uno va relativizando o minimizando la gravedad de su propio problema. Es como si la belleza disolviera los problemas, un disolvente, sí.

Y volviendo a la experiencia de mi enfermedad, es muy paradójal que, sintiéndome como si hubiera perdido mi individualidad, mi única conexión con la realidad fuera a través de aquel árbol. Yo me empecé a sentir un ser cósmico, una cosa maravillosa, un placer tan perfecto e infinito que yo se lo deseo a todo el mundo. Porque me empecé a dar cuenta de algo profundo: yo estoy girando con la tierra las veinticuatro horas al día, estamos en una galaxia y, si al final de todo me pasa algo...

**CMV:** Usted mencionó ayer [en la conferencia] sobre cómo vivimos una vida que está mediatizada y habló sobre el placer que pueden darnos las montañas, la playa, las piedras, pero la mayoría de nosotros estamos rodeados de pantallas, aparatos, medios de comunicación. Me pregunto si habrá alguna relación

entre sus palabras y la “pérdida de la experiencia” de la que habla Agamben. Él señala que hemos perdido la capacidad de tener experiencias auténticas y nos da por llamar experiencias a estas relaciones que mantenemos con los aparatos de comunicación electrónica. Incluso, cuando salimos a la calle, saludamos a alguien o damos un resbalón, lo vivenciamos como ya lo hemos visto en la televisión. Por ejemplo, mi experiencia de la enfermedad del cáncer es inseparable del conocimiento sobre ella que adquirí en la televisión o internet. Entonces, ¿no es su propuesta una exigencia bastante difícil? ¿Cuántos años le ha llevado a usted, por ejemplo, llegar a este tipo de experiencias? ¿Todo mundo tiene acceso a lo que usted nos propone?

**MNL:** Yo creo que sí, que tenemos un potencial enorme. Lo que pasa es que nuestra vida viene a ser como una siesta, vivimos muy aletargados y el mundo contemporáneo, que nos resuelve montones de cosas prácticas, las resuelve

en desmedro de las relaciones inmediatas con las cosas. Vivimos con una serie de mediaciones. Por ejemplo, pensando en los jóvenes, ¿cuántas horas al día están sentados frente a las pantallas? Claro que es un mundo imaginario, claro que son mundos virtuales, claro que son mundos de imágenes, pero las imágenes ahí no son las imágenes que vuelcan al contacto, a la experiencia, a lo inmediato, sino que son mediaciones. Una pantalla es una mediación: está entre algo que está del otro lado de la pantalla y nosotros. Es decir, siempre hay una serie de mediaciones.

**CMV:** La palabra interfase puede ser ilustrativa e interesante...

**MNL:** Eso exactamente. Yo creo que uno de los elementos a tomar en cuenta para salvar la humanidad misma es tratar de recuperar la inmediatez lo más que se pueda. Estar un rato descalzo, en las grandes ciudades y en nuestras vidas profesionales, para poder recuperar esa especie de inmediatez que se ha perdido.